

SANDRA ANDRÉS BELENGUER

LA
NOCHE
DE TUS
OJOS

CROSS
BOOKS

LA NOCHE DE TUS OJOS

Sandra Andrés Belenguer



Crossbooks
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: 2017, Sandra Andrés Belenguer
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2017
ISBN: 978-84-08-17011-2
Depósito legal: B. 5.749-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Unos meses más tarde

Caminaba aferrada al paraguas mientras sus pequeños tacones resonaban en las adoquinadas calles dublinesas.

Soltó una exclamación al pisar sin querer un charco y una nube de vaho surgió de su boca, contrastando con el frío reinante.

Su larga melena rojiza parecía fuera de lugar en aquel barrio de edificios grises y uniformes. En su imaginación, estos se abalanzaban para devorarla, como enormes criaturas de ladrillo enfurecidas por su presencia allí.

Miró su reloj. Solo eran las ocho y media, pero al ser Nochebuena por nada del mundo quería llegar tarde a casa.

No habría un gran banquete, ni siquiera el espíritu navideño propio de las fiestas, pero si se retrasaba unos minutos más, la poca tranquilidad que hubiera sobrevivido hasta entonces se vendría abajo como un castillo de naipes.

Toda la culpa era del dueño del último bar donde había solicitado trabajo.

Le había hecho perder un tiempo precioso preguntándole acerca de su experiencia y mirándola con ojos vidriosos antes de hacerla pasar al almacén en la parte de atrás, señalando que allí hablarían de las condiciones de su contrato.

No era estúpida. Sabía que no era trigo limpio, pero no pudo negarse. Tenía la misma mirada que su padrastro. La misma que seguía taladrándole el cerebro cuando ni tan siquiera estaba él presente.

En el almacén frío y lleno de suciedad, aquel tipo le había

propuesto contratarla si subía un poco su falda o enseñaba ese bonito escote para alegrar la vista a los clientes.

Una vez más, las promesas de un trabajo se diluían tras las mentiras y los «lo siento, es la crisis, ya sabe».

Tiritó visiblemente ante una ráfaga de viento que desestabilizó su paraguas durante unos instantes.

Recordó los intentos frustrados de conseguir un trabajo que había ido acumulando durante todo el mes y se sintió furiosa consigo misma. Las negativas se sucedían una tras otra, y llegar cada día a casa era una pesadilla. Un infierno con nombre y apellidos.

De pequeña había soñado con tantos planes de futuro... Y ahora, solo quedaba la desesperación.

Llevaba años albergando esperanzas de algo mejor y ya no se percataba de que en realidad no había nada que albergar. Solo miedo.

Divisó el autobús aproximarse a su parada habitual y corrió bajo la lluvia para alcanzarlo.

El mismo trayecto de siempre, la misma sensación de angustia en su interior.

Intentaba con todas sus fuerzas no sepultarse en la felicidad del pasado ni aferrarse a las débiles ilusiones del futuro. Se concentraba en el presente porque era lo único que tenía.

Y ni siquiera el presente bastaba.

Sus ojos azules observaban la ciudad a través de los cristales mientras se dirigía al extrarradio. Rogaba en silencio que el autobús fuera más rápido, que no coincidiera con ningún semáforo en rojo, que sus paradas fueran más breves. No quería pensar en lo que sucedería si no llegaba a tiempo para la cena.

Odiaba sentir aquel temor de manera constante cuando regresaba a casa, como si su hogar fuera una sala de torturas propia de la Inquisición española.

«De alguna forma lo es», pensó torciendo el gesto mientras veía su reflejo en la ventanilla. En el último mes había adelgazado más, y sus ojeras comenzaban a ser evidentes.

Desde hacía cinco años había intentado ser fuerte por su madre, por ella misma. Pero poco a poco su entereza se resentía y, aunque luchaba por no desmoronarse por completo, sabía que si todo continuaba igual no tardaría en caer en el mismo abandono en el que ya se hallaba inmersa su madre.

Apoyó la frente contra el cristal.

No, eso no pasaría. Ella seguiría resistiendo por las dos.

Paulatinamente, la estructura de los edificios fue cambiando. Ya no estaban formados por varias plantas, como ella acostumbraba a ver en el centro de la ciudad, circundados por emblemáticos monumentos, parques o revestidos de banderas y carteles publicitarios. Ahora veía monótonas hileras de casitas de dos alturas, unas frente a otras, vigilantes, cenicientas.

Cuando bajó del autobús, se quedó unos instantes inmóvil en la parada. Las piernas siempre le pesaban llegado ese momento, y su decisión de llegar cuanto antes se había evaporado de pronto de su mente.

Solo quería huir en dirección contraria o llamar a la puerta de los Doyle, sus vecinos, a los que había acudido en algunas ocasiones cuando las cosas se torcían demasiado en su casa. Con frecuencia se inventaba una excusa para que las acogieran a su madre y a ella durante unas horas, consciente de que ellos sospechaban algo. Su padrastro era ya muy conocido en el barrio. Demasiado. Pero aunque la mayoría intuía lo que podía estar sucediendo en el interior de aquel hogar, parecía que todos miraban hacia otro lado. Nadie deseaba enfrentarse a él. Nadie quería inmiscuirse en problemas ajenos.

Ni su madre ni ella podían controlar los accesos de cólera de su padrastro, y menos cuando alcanzaba determinado grado de embriaguez.

Si en la televisión emitían anuncios en los que aconsejaban a los ciudadanos ser ejemplo en casos semejantes y denunciarlos con celeridad, ella misma cambiaba de canal a sabiendas de que la gente ignoraba ese tipo de recomendaciones.

Los pobres no quieren verse en líos con la justicia. Bastan-

te tienen con poder sobrevivir en una sociedad donde el dinero y el poder son los amos.

El miedo puede con todo, incluso con la solidaridad.

Tras introducir la llave en la cerradura, un sudor frío le invadió la epidermis, al tiempo que sentía un paralizante vacío en la mente y en el estómago. No era una sensación desconocida, sino recuperada, amplificada por el pánico, siempre cambiante aunque la causa fuera la misma.

Tragó saliva y giró la llave con pulso firme.

Al entrar, su padrastro estaba tumbado en el sofá. Sus ronquidos se mezclaban con el sonido que emitía la televisión. Una lata yacía en el suelo con parte de su contenido derramado. Un olor ácido dominaba el ambiente.

Lo habían despedido hacía un par de años de la fábrica de cerveza Guinness, pero aún seguía consumiendo sus productos. Desde entonces trabajaba esporádicamente descargando camiones de pescado o carne. La miseria que cobraba la invertía generalmente en el bar más próximo, y lo que sobraba lo dejaba encima de la cocina con aire desafiante. Parecía reprochar que fuera el único que llevaba dinero a casa.

Era el subsidio del paro lo que les permitía malvivir, no sin privaciones de todo tipo.

Las voces de los comentaristas deportivos resonaban en la penumbra del salón, solo iluminado por las coloridas imágenes de la pantalla, que silueteaban las amorfas formas de aquel hombre cuyas marcas de sudor eran ciertamente visibles.

Supuso que ya estaría ebrio.

Dejó su abrigo y el paraguas en el perchero de la entrada y, sin hacer ruido, subió la escalera, dispuesta a encerrarse en su habitación, en el piso superior. Sin embargo, una vez allí, cambió de idea y pensó que era mejor bajar a la cocina. Su madre preparaba un guiso de pollo. Era increíble que pudiera cocinar un plato en Nochebuena con la nevera casi vacía.

—Ciara, hija, me alegro de que ya estés en casa —su ma-

dre sonrió y sus ojos oscuros brillaron con una nota de tristeza—, ¿cómo ha ido todo?

Ciara se humedeció el labio inferior y negó con la cabeza al tiempo que se fijaba en ella, en su pelo negro recogido en un moño y en su pálida piel, donde algunas arrugas ya anidaban desde hacía años.

—Lo siento, mamá. No ha habido suerte tampoco esta vez.

Tara, su madre, desvió la vista y siguió removiendo el contenido de la olla.

—Tranquila, no te preocupes, seguro que tu padre lo entenderá.

—Sabes que no es cierto. Y no es mi padre, no me gusta que te refieras a él así.

Jeff la obligaba a tratarlo como tal, pero su verdadero padre había muerto hacía ya cinco años.

Odiaba su voz, cómo arrastraba las palabras cuando estaba borracho, con ese constante siseo de reptil; odiaba su presencia, su gruesa silueta y sus labios siempre abiertos en una mueca desagradable; odiaba su aliento, mezcla de alcohol y cigarrillos... Pero sobre todo aborrecía el hecho de tener que convivir con él, de depender del poco dinero que ganaba del paro y de no poder proteger a su madre como ella hubiese querido.

Ambas estaban atadas a aquel individuo con unas cadenas demasiado férreas para deshacerse de ellas tan fácilmente.

El aroma del guiso que estaba preparando su madre llegó hasta ella y su estómago se contrajo por el hambre mientras recordaba con unas incipientes náuseas la cena de la Nochebuena anterior. Su madre había cocinado un pastel de calabaza que su padrastro había arrojado contra la pared soltando toda clase de improperios, reprochándosele porque él detestaba las verduras. Su nervioso puño se había alzado contra ella de nuevo. Una vez más, tuvieron que utilizar la vieja excusa ante el médico del hospital.

«Una caída, escaleras, un tropiezo...»

Desde aquel día, Ciara no podía tolerar cualquier guiso que tuviera calabaza. Para ella, sabía a miedo. Un miedo insano, pastoso; demasiado real.

Ayudó a su madre a poner la mesa. Lo hicieron en silencio, y Ciara supo que estaban pensando lo mismo: tendrían que despertar a Jeff.

En su mente lo veía como una especie de criatura, una bestia deforme que representaría su verdadera personalidad, más allá de toda esa flácida piel que lo cubría, simulando ser una persona normal.

Un ruido en la puerta desvió su atención.

Allí estaba. Apoyando todo el peso de su cuerpo en la jamba derecha mientras su mano izquierda aplastaba una lata de cerveza vacía para posteriormente arrojarla al suelo.

Se rascó la prominente barriga mientras sus ojos se posaban en Tara.

—¿En esta casa se cena o voy a tener que hacerlo todo yo?

Ciara se agachó para recoger la lata al tiempo que su padrastro se sentaba.

—Eh, tú —gruñó—. ¿No ibas hoy a buscar trabajo?

Ella trató de mirarlo con normalidad. En ese momento se sintió, una vez más, como una marioneta. Le pareció que un ser omnipresente, desde el techo de su casa, tiraba de un hilo invisible que la mantenía sujeta; acto seguido asintió de manera automática. Fingía fortaleza de cara a su madre. Ser una joven con fuerza, para que las dos pudieran apoyarse mutuamente. Pero su interior estaba marchito desde hacía tiempo.

—¿Y bien? —La voz de Jeff sonó gangosa, demasiado tranquila.

«Una trampa», pensó ella.

—Nada, no hay un solo trabajo en la ciudad. La crisis...

Su padrastro dio un sonoro golpe en la mesa que hizo temblar los platos y cubiertos.

—¡No culpes a la crisis, inútil! No sabes hacer nada, eso es

lo que pasa. Vives en mi casa, con mi dinero... ¡Ni siquiera eres capaz de conseguir un trabajo como friegaplatos!

Ciara recordó al tipo en el último bar y su expresión bobalicona mientras recorría sus piernas con los ojos enrojecidos. Una oleada de repulsión ascendió hasta su garganta. No obstante, guardó silencio. Era consciente de que cualquier palabra dicha en mal momento sería como detonar una bomba.

—Esta es la hija que tienes, Tara —siguió él—, una estúpida que no entiende que ha cumplido dieciocho años y que ya puedo echarla de mi casa si me da la gana.

Ciara le sostuvo la mirada durante unos instantes, desafiante, pero también herida en su orgullo.

—¡No me mires con esa cara de boba, joder!

Su madre intercedió oportunamente, sirviendo el guiso en los platos.

—Tranquilízate —dijo casi en un murmullo—, es Navidad, una fecha muy mala para encontrar empleo... Seguro que en unos días, cuando las fiestas hayan terminado, todo mejorará...

Jeff bajó la vista para mirar la cena humeante y entreabrió los labios, que colgaron en un gesto de desagrado.

—¿Quiere alguien decirme qué mierda es esta? —preguntó con voz más aguda de lo normal.

Un mal presentimiento fue abriéndose paso en las entrañas de Ciara, como si un cuervo en su interior aleteara de forma inquieta y picoteara con saña su estómago.

Tara comenzó a frotarse las manos, visiblemente nerviosa.

—Es tu guiso preferido... Patatas, guisantes, zanahoria...

Jeff barrió la mesa con violencia y el plato acabó estrellándose contra el suelo.

—¡Y pollo, joder, aborrezco el pollo! ¿Dónde está el cordero?

Ciara dio un paso hacia su madre, pero esta respondió con un hilo de voz:

—No tenía suficiente dinero y pensé...

Jeff se levantó con los puños cerrados y la ira nublando sus ojos.

—¿Me estás culpando de no traer suficiente dinero a esta maldita casa? ¿Quieres que te diga cómo podríais ganar tú y tu hija un buen fajo de billetes? ¡Las prostitutas de Talbot Street saben ganarse la vida, ¿me oyes?!

Alzó una mano abierta hacia Tara, pero Ciara se interpuso.

El sonido de la bofetada restalló en la cocina con un eco feroz.

Su madre ahogó un grito mientras ella acariciaba la marca de su piel, que rápidamente se fue tornando roja.

—¡Apártate, estúpida!

La empujó con fuerza haciéndola caer al suelo al tiempo que asía a Tara por el brazo, zarandeándola como una vieja muñeca rota.

En aquel momento, los dedos invisibles que controlaban a Ciara como si fuera una marioneta fueron absorbidos por su rabia, y los hilos que parecían accionar cada uno de sus movimientos se tensaron y se rompieron todos a la vez.

Abrió el cajón de los cubiertos y extrajo un cuchillo.

Lo empuñó con las dos manos y gritó:

—¡No toques a mi madre!

Su padrastro la observó con cierta sorpresa reflejándose en su rostro, y sus labios volvieron a colgar grotescamente.

Soltó una seca carcajada y liberó a su madre.

—Te conozco demasiado bien, no te atreverás —dijo con una media sonrisa.

Los nudillos de Ciara se tornaron blancos por la fuerza con la que agarraba el cuchillo. El brillo en su superficie metálica le infundió valor.

—No quieras saber cómo soy —dijo ella intentando que su voz no temblara—, puede que te asustes.

Su madre asistía a la escena con el pavor dominando la expresión de su semblante, pero Ciara siguió aferrando su única arma.

Jeff refunfuñó una retahíla de palabras ininteligibles y se encaminó hacia la puerta de entrada un tanto tambaleante a causa de su estado de embriaguez.

Su madre y ella lo siguieron con la mirada hasta que él asió el pomo y farfulló antes de marcharse:

—Malditas zorras.

El sonido de la puerta al cerrarse fue liberador para madre e hija.

Ciara soltó el cuchillo y se pasó una mano por la frente, perlada de gotas de un sudor frío y persistente.

Tara puso delicadamente una mano en el mentón de su hija y lo alzó para que sus miradas coincidieran.

Ciara intentó no llorar cuando su madre la abrazó con el cuerpo estremecido.

No hubo palabras ni explicaciones ni lamentos. En aquel tembloroso abrazo, lo expresaron todo.